

RAÚL NIVÓN RAMÍREZ, “*¡Y ya está encendido el fuego olímpico!*”. *Medios de comunicación masiva y la XIX Olimpiada de 1968*, Ciudad de México, El Colegio de México, 2024, 235 pp. ISBN 978-607-564-584-1

Durante décadas, la literatura académica enfocada en la televisión se basó sobre todo en artículos de periódicos y revistas, en lo poco que podía averiguarse en los archivos nacionales mexicanos y estadounidenses, y en la capacidad para analizar programas mientras los veíamos o de recordar las transmisiones de cuando éramos jóvenes. Tras la muerte de Emilio Azcárraga Milmo, en 1997, algunos investigadores aprovecharon el éxodo de empleados mayores de Televisa para entrevistarlos, una práctica que “El Tigre” había prohibido. Más tarde, con el debut de YouTube en 2005, los investigadores pudieron ver videoclips y, con el tiempo, episodios enteros de viejas telenovelas y otros programas, conforme el público fue subiendo el material que había grabado hacía mucho con sus videocaseteras. Este avance ayudó a recrear la historia de Televisa, pero las transmisiones de su predecesor, Telesistema Mexicano (TSM), que dominaron la televisión entre 1955 y 1972 y que antecedieron a las videocaseteras, permanecieron como un territorio difícil de cartografiar. No obstante, unos cuantos estudiosos comenzaron a obtener permisos de Televisa para consultar sus archivos, lo cual resultó en nuevos hallazgos acerca de las primeras décadas de la televisión. Quizá el ejemplo más conocido sea la historia de los noticieros de las décadas de 1950 y 1960 que realizó Celeste González de Bustamante, titulada “*Muy buenas noches*”.¹

Raúl Nivón Ramírez es el integrante más reciente de este último grupo de académicos, que sigue siendo reducido. Su estudio de la transmisión de los Juegos Olímpicos de 1968, “*¡Y ya está encendido el fuego olímpico!*” se apoya, en parte, en el acceso al Acervo Audiovisual

¹ Celeste GONZÁLEZ DE BUSTAMANTE, “*Muy buenas noches*.” *México, la televisión y la Guerra Fría*, México, Fondo de Cultura Económica, 2015. El libro se publicó por primera vez en inglés como “*Muy buenas noches*”: *Mexico, Television, and the Cold War*, Lincoln, University of Nebraska, 2012.

de Televisa. Nivón Ramírez también logró visitar el Archivo Histórico del Comité Olímpico Internacional en Suiza, así como el archivo privado de Pedro Ramírez Vázquez, presidente del Comité Organizador de la XIX Olimpiada. Si se suman las consultas a periódicos de Estados Unidos, Japón y seis países europeos, la investigación contenida en el libro resulta prometedora. Además, el autor toma como principal punto de partida el trabajo de Ariel Rodríguez Kuri, quien ha demostrado hasta qué punto los Juegos Olímpicos de 1968 cumplieron con el objetivo de Ramírez Vázquez de proyectar un ideal no tanto nacionalista, sino universalista, del que México formaba parte integral.²

Pero los resultados desmienten las promesas. Los problemas se colocan en primer plano desde la introducción, en la cual el autor se propone demostrar seis hallazgos. El primero es que “México 68 fueron los primeros Juegos Olímpicos con la capacidad de difundir una cobertura total de la competición” (p. 24). Éste no es un hallazgo, sino una afirmación acerca de un hecho indiscutible. El segundo punto es que dicha cobertura fue resultado de un proceso de adaptación tecnológica que, a su vez, supuso una adaptación social a la televisión como una fuente masiva de entretenimiento. La primera parte del planteamiento, de nuevo, afirma lo evidente, pero al menos la segunda entraña una historia social interesante acerca de las maneras de ver televisión. Lo anterior, supuestamente, conforma el tema de los primeros dos capítulos, que rastrean cómo se televisaron las Olimpiadas desde Berlín 1936 hasta Tokio 1964, así como del tercero, dedicado a la preparación de TSM con miras a la transmisión de México 68. Desafortunadamente, el resultado es un recuento sumamente descriptivo que dice mucho acerca de la tecnología y poco acerca de los públicos. Nivón Ramírez dedica 50 de sus 200 páginas a las innovaciones tecnológicas durante el periodo de 1936 a 1964; esto podría haber parecido una buena idea en la etapa de la tesis doctoral en la que el libro se basa —con tal de proporcionar material en bruto del cual posteriormente se puede obtener deducciones sobre las continuidades y contrastes de 1968—, pero lo cierto es que pocas deducciones son evidentes, la historia social queda

² Ariel RODRÍGUEZ KURI, “Hacia México 68: Pedro Ramírez Vázquez y el proyecto olímpico”, en *Secuencia*, 56 (2003), pp. 37-73, y *Museo del Universo. Los juegos olímpicos y el movimiento estudiantil de 1968*, Ciudad de México, El Colegio de México, 2019.

relegada, y los primeros dos capítulos se leen mayormente como una complacencia tangencial. Ni siquiera se nos dice cuál fue la visión del Comité Organizador o de TSM frente a la exitosa puesta en escena y la transmisión de los juegos por parte de los japoneses en 1964.

El tercer hallazgo –que México 68 “diseñó el primer sistema comunicativo orientado a [un] público global” (p. 24)– se basa en una premisa falsa. A saber, que fue “la primera competencia deportiva de cobertura mediática global”. Los satélites geoestacionarios que permitieron esta cobertura, lanzados por primera vez en 1964, ya habían sido empleados para televisar globalmente la Copa Mundial de FIFA en 1966. Nivón Ramírez menciona dicho torneo sólo brevemente y no hace más que una somera comparación tecnológica. Esta negligencia apunta a un chauvinismo nacionalista que estalla por completo en el capítulo más extenso del libro, “Narrativas olímpicas”, que parece el diario de un fanático deportivo mexicano, repleto de frases como: “con la excepción del fútbol, en el que éramos favoritos” (p. 169), “pocas personas podían cuestionar el éxito de la Ciudad de México como sede” (p. 200) y “los mexicanos podíamos sentirnos más que orgullosos” (p. 201). Esta visión provinciana recuerda sin querer el oficialismo de las fuentes primarias que el autor cita y que debería estar deconstruyendo.

El cuarto, quinto y sexto hallazgos de los argumentos clave de Nivón Ramírez son que los medios mexicanos que cubrieron los Juegos Olímpicos emplearon el discurso “universalista más que nacionalista” de Ramírez Vázquez, que esto fue particularmente notable en las ceremonias de apertura y de clausura, y que tal discurso intentaba retratar a una nación unificada y satisfecha. Dado que el análisis del discurso por parte de Rodríguez Kuri se ocupa ante todo de las Olimpiadas Culturales, celebradas de forma paralela al evento deportivo, la aplicación que hace Nivón Ramírez de este tema a la televisión es, de hecho, novedosa. O, mejor dicho, habría sido novedosa si en realidad la hubiera llevado a cabo, pero el autor nunca somete las narraciones de TSM que cita (a menudo extensamente) a ningún análisis textual. Además, con frecuencia muestra mayor interés en los propios eventos deportivos que en la cobertura mediática que se hizo de ellos, y cuando efectivamente se refiere a la prensa, omite indicar los periódicos en

las notas al pie, con excepción de *El Nacional*, que era un órgano del gobierno y difícilmente puede ser una muestra representativa.

Nivón Ramírez tampoco parece demostrar mucho conocimiento en lo que toca a los Azcárraga, ya no digamos a su relación con el Estado. Atribuye el éxito de las transmisiones olímpicas de TSM a Emilio Azcárraga Vidaurreta, quien por entonces tenía 73 años, estaba semiretirado y había dejado las operaciones cotidianas en manos de Azcárraga Milmo. El autor se rehúsa, además, a explorar cómo los retrasos en la terminación de muchas sedes olímpicas muy probablemente provocaron tensiones entre el régimen de Díaz Ordaz y TSM. Y, lo que es más importante, ambos Azcárraga eran admiradores de Estados Unidos, como lo han probado otros historiadores.³ ¿Cómo afectó esto la cobertura de una nación que terminaría en primer lugar (y con bastante ventaja) en la tabla de medallas? ¿Qué conflicto podría haber surgido entre un TSM pro- Estados Unidos y anticomunista y un Ramírez Vázquez universalista? O, por otro lado, ¿hasta qué punto TSM ofreció una cobertura nacionalista en un intento por mitigar la consternación pública y sanar las divisiones en torno a los acontecimientos del 2 de octubre en Tlatelolco?

En el volumen hay pocos intercambios con González de Bustamante o con cualquier otro historiador de la televisión mexicana. Curiosamente para un estudio tan atento a lo visual, el libro carece por completo de ilustraciones. Ni siquiera se muestra (excepto, casi indiscernible, en una nota al pie) el famoso logotipo de “México 68”, que se discute ampliamente. Hay referencias a la “memoria colectiva” (pp. 161, 205), pero el concepto no se fundamenta más allá de los recuerdos del abuelo del autor. Se nota una atención sostenida y cierta admiración por la atleta checoslovaca Věra Čáslavská, quien se ganó los corazones locales usando canciones mexicanas tradicionales para su ejercicio de gimnasia a manos libres, además de dominar las medallas frente a sus rivales de la URSS. Sin embargo, casi no se menciona la Primavera de Praga, no se dice nada de las actitudes del público mexicano (o al menos de columnistas y caricaturistas) hacia los soviéticos y los checos, y no se intenta contextualizar la actuación de Čáslavská

³ Claudia FERNÁNDEZ y Andrew PAXMAN, *El Tigre. Emilio Azcárraga y su imperio Televisa*, México, Grijalbo, 2021 [2000], pp. 56-60, 359-362.

RESEÑAS

o la cobertura televisiva que se le dio en el marco de las relaciones internacionales de México.

Este libro superficial es, en algunos sentidos, un relato aleccionador. Se puede lograr entrar a los archivos de más difícil acceso, pero a menos que se esté preparado para realizar un análisis, a diferencia de una mera transcripción, la búsqueda del conocimiento se quedará a medias.

Andrew Paxman

Centro de Investigación y Docencia Económicas